

MES MISIONERO 2023

CATEQUESIS PARA LAS ASAMBLEAS

Catequesis
Camino
de fe

ARQUIDIÓCESIS DE MEDELLÍN

A stylized, abstract graphic of a tree in white and light beige tones, centered on a light beige background. The tree has a thick trunk and several branches that curve upwards and outwards. There are several circular shapes of varying sizes scattered around the tree, some appearing as if they are floating or attached to the branches. The overall style is clean and modern.

CATEQUESIS PARA LAS ASAMBLEAS

ÍNDICE

ESQUEMA DE LAS ASAMBLEAS	05
PRIMERA ASAMBLEA	09
• Saludo y acogida	09
• Oración inicial	09
• Lectio divina	10
• TEMA DE FORMACIÓN “ENCUENTRO CON JESUCRISTO”	11
• Taller	17
• Celebración y signo	17
• Oración final	18
SEGUNDA ASAMBLEA	19
• Saludo y acogida	19
• Oración inicial	19
• Lectio divina	19
• TEMA DE FORMACIÓN “CAMINO DE FE”	20
• Taller	24
• Celebración y signo	25
• Oración final	25
• TERCERA ASAMBLEA	26
• Saludo y acogida	26
• Oración inicial	26
• Lectio divina	26
• TEMA DE FORMACIÓN “CRECIENDO EN COMUNIDAD”	27
• Taller	32
• Celebración y signo	32
• Oración final	33
• CUARTA ASAMBLEA	34
• Saludo y acogida	34
• Oración inicial	34
• Lectio divina	35
• TEMA DE FORMACIÓN “PERMANECER Y COMPROMETERSE CON CRISTO”	36
• Taller	40
• Celebración y signo	41
• Oración final	41

ESQUEMA DE LAS ASAMBLEAS

Anotaciones previas:

I. Anuncio y catequesis kerigmática: la presente propuesta consta de cuatro encuentros, preparados para desarrollar una dinámica dialogal, de anuncio y respuesta. El misionero deberá procurar que los cuatro encuentros tengan un marcado acento de Anuncio gozoso y esperanzador, que conduzcan progresivamente a una respuesta de adhesión a Jesucristo por la fe, a una inserción y participación en la comunidad cristiana.

II. Elementos esenciales: los misioneros que animen cada uno de los encuentros deberán tener presente lo esencial para la realización de las asambleas, concebirlas como una acción misionera propia del proceso evangelizador. Recomendamos entonces:

- Entrar en una experiencia espiritual de catequesis a través de la *oración*, recordemos que el protagonista de la evangelización es el Espíritu Santo, él es quien da fecundidad a toda misión auténtica, por tanto, debemos orar con absoluta confianza antes, durante y después de cada encuentro.
- Concebir cada una de las asambleas como una *Buena Nueva*, de tal manera que los participantes experimenten, en medio de la sencillez del anuncio, una realidad que los anime a continuar participando de las mismas y, finalmente, querer acercarse a la Iglesia a través de la vida parroquial.
- Disponer con anticipación el *lugar* y los *recursos* necesarios para el encuentro.

- Preparar los *signos* que se proponen para cada encuentro (imagen de Jesús y velas encendidas, imágenes de grupos, maceta y granos de maíz o de frijol). Con ellos buscamos que quienes participan en las asambleas comprendan mejor las catequesis propuestas y, a su vez, faciliten la profundización espiritual en los momentos celebrativos. Así pues, no se trata simplemente de la realización de unas actividades, sino de permitir una experiencia comunitaria de fe.
- Prestar atención a la presentación personal, a las normas de cortesía y a la actitud de *respeto* y *diálogo* con cada uno de los participantes, teniendo en cuenta que a las asambleas pueden asistir personas creyentes y no creyentes.
- Tener claridad sobre el carácter de *iniciación a la vida cristiana* de los encuentros, es decir, se trata de encuentros sencillos y alegres que buscan la experiencia del amor de Dios en la vida de las personas que participan. No son clases de religión ni de teología, ni conferencias o charlas en defensa de la fe. Se trata de un anuncio gozoso y testimonial que despierta al encuentro con Cristo y a la vida de fe.
- Los interrogantes que van apareciendo, pueden brindar la ocasión de invitarlos a vincularse a las realidades pastorales de la parroquia (*pequeñas comunidades y grupos apostólicos*), donde la catequesis puede resolver sus dudas y responder a sus inquietudes.
- Garantizar el *carácter participativo y espontáneo* de los encuentros.
- Elaborar un *informe escrito* de cada uno de los encuentros, una vez realizados, para entregar a los coordinadores de la misión en la parroquia.

III. Respecto del *carácter kerigmático* de estos encuentros, recordemos que:

- El kerigma es una *proclamación* alegre y convencida de que el amor de Dios nos salva en Cristo Jesús, muerto y resucitado.
- El kerigma se comunica privilegiadamente a través del *testimonio* del misionero.
- El kerigma debe expresar *propositivamente* el amor salvífico de Dios, que no impone la verdad, respeta la libertad y además comunica alegría, esperanza y vitalidad. La consecuencia de este anuncio es la transformación de la vida, es decir, lleva a la *conversión*.

IV. El mensaje central de estas catequesis es el proceso de evangelización, el cual parte del *testimonio* y llega al testimonio, pasando por unas etapas que nos permiten comprender mejor la propuesta cristiana para el mundo de hoy. Por esta razón presentamos estas cuatro catequesis una para cada encuentro:

- El kerigma
- La catequesis
- La vida en comunidad
- La pastoral

V. El *desarrollo de las asambleas* se vale de cinco momentos:

- 1.** Punto de partida: comprende la acogida y el inicio de la asamblea. Se trata de partir de las inquietudes, expectativas y necesidades de las personas, de la realidad concreta de las personas que participan receptoras del anuncio kerigmático.
- 2.** Anuncio: es el centro del encuentro, es la proclamación del kerigma como propuesta de encuentro personal con el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. La metodología del anuncio es dialogal y testimonial.
- 3.** Actividad grupal: para facilitar la reflexión e interiorización del anuncio, y la puesta en común de las experiencias.
- 4.** Síntesis y reflexión final: es el espacio para recoger lo reflexionado y, a la vez, reforzar el anuncio.
- 5.** Actividad personal: es una propuesta de compromiso en relación con la catequesis realizada.



PRIMERA ASAMBLEA

Objetivo: Anunciar a Cristo Jesús, suscitando una apertura de corazón que lleve al descubrimiento de la fe y de la confianza en Él, un encuentro kerigmático que dispone al camino de la gracia abundante.

Saludo y acogida: El moderador de la asamblea saluda cálidamente a los participantes y les anuncia que éste es el primero de cuatro encuentros que se proponen en el marco de este Mes Misionero, encuentros que nos permitirán descubrir elementos esenciales de nuestra relación con Dios y con los hermanos. Conocer a Jesús nos abre el camino de la fe y nos permite avanzar en nuestra espiritualidad de discípulos.

Oración inicial:

Oh, Dios, que has iluminado
los corazones de tus hijos
con la luz del Espíritu Santo,
haznos dóciles a sus inspiraciones
para gustar siempre el bien
y gozar de su consuelo.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas.

Dejándolo todo, lo siguieron.

Lc 5, 1-11

En aquel tiempo, la gente se agolpaba en torno a Jesús para oír la palabra de Dios. Estando él de pie junto al lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban en la orilla; los pescadores, que habían desembarcado, estaban lavando las redes.

Subiendo a una de las barcas, que era la de Simón, le pidió que la apartará un poco de la tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:

«Rema mar adentro, y echen sus redes para la pesca».

Respondió Simón y dijo:

«Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes».

Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo:

«Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador».

Y es que el estupor se había apoderado de él y de los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Y Jesús dijo a Simón:

«No temas; desde ahora serás pescador de hombres».

Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Palabra del Señor

Partiendo de la escucha de esta Palabra, dialoguemos con la ayuda de estas preguntas:

- ¿Qué expresiones o situaciones de este pasaje bíblico me llaman la atención?
- ¿Cuál es el rol de Jesús en este texto del Evangelio?
- ¿Qué nos dice el Señor para nuestras vidas a través de esta Palabra?

TEMA DE FORMACIÓN “ENCUENTRO CON JESUCRISTO”

A lo mejor en algún momento de nuestra vida hemos visto un tríptico; es decir, un cuadro que está pintado en tres partes o secciones. Podríamos decir que el texto que acabamos de meditar en la *Lectio Divina* sigue la lógica de un **tríptico**, porque, a partir de tres escenas, nos presenta quién es Jesús y lo que él es capaz de hacer por nosotros si le abrimos espacio en nuestra vida.

Vayamos entrando entonces en la profundidad del texto, a partir de cada uno de los cuadros de este tríptico. Observaremos el primero y el último, terminando con el segundo:

Primer cuadro: ¿qué hay en él? La escena ocurre en la orilla del lago; allí nos encontramos con un grupo de pescadores que están lavando las redes; es decir, que ya han terminado por ese día su labor de pesca. Seguro estos hombres, entre los que están Pedro, Santiago y Juan, habían tenido que madrugar mucho aquel día, pensando justamente en que las horas finales de la noche y el amanecer son el mejor momento para pescar. Sin embargo, el texto nos dice que aquel día no habían pescado nada; que estaban lavando las redes, que se habían ensuciado, que aquel día no había frutos del esfuerzo, que todo había sido en vano.

Este primer cuadro nos debe interpelar a todos, porque se parece un poco a lo que vivimos: una de las características de nuestra sociedad actual es que es una sociedad que vive en medio del cansancio de muchas actividades, pero muchas de ellas vacías. La preocupación por el día a día, la inestabilidad del mundo político y económico, las dificultades familiares, todas estas cosas nos desgastan y hacen que muchas veces nos sintamos vacíos, carentes de sentido, incapaces de ser felices.

Con facilidad caemos en el círculo vicioso de “actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado. Esta acedia ... [desaliento, tristeza] puede tener diversos orígenes. Algunos caen en ella por sostener proyectos irrealizables y no vivir con ganas lo que buenamente podrían hacer. Otros, por no aceptar la costosa evolución de los procesos y querer que todo caiga del cielo. Otros, por apegarse a algunos proyectos o a sueños de éxitos imaginados por su vanidad” (EG 82).

El Papa Francisco ha explicado las raíces profundas de este cansancio en su encíclica sobre la alegría de evangelizar, cuando nos ha dicho que “el gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto

y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Esa no es la opción de una vida digna y plena, ese no es el deseo de Dios para nosotros, esa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado” (EG 2).

Tercer cuadro: Pasemos ahora al último de los cuadros, ¿qué encontramos allí? El final del texto que estamos meditando parece ser todo lo contrario al anterior: esos mismos hombres que aparecían, al principio, extremadamente cansados después de una noche sin éxito, ahora no sólo han conseguido peces, sino que han logrado tener una cantidad enorme. Esos que tristes lavaban las redes, ahora han recibido un anuncio que se ha convertido en misión: deben salir al mar del mundo a pescar hombres, porque la pesca abundante que han realizado en el lago, es pequeña, comparada con la que harán con su Palabra y con su testimonio.

No hay que hacer grandes esfuerzos para descubrir el gran contraste que hay entre el primer y el tercer cuadro del tríptico que nos presenta San Lucas en el Evangelio. Se ha pasado del cansancio a la alegría, de la falta de frutos a la abundancia, de las fatigas inútiles al trabajo próspero. Frente a esta realidad queda preguntarnos ¿qué ha pasado para que se produzca este cambio? La respuesta la encontramos en el segundo cuadro.

Segundo cuadro: Pedro, uno de aquellos pescadores, le había prestado su barca a un tal Jesús de Nazareth, un profeta que había llegado hasta la orilla del lago rodeado de muchas personas que lo seguían porque querían escucharlo; y entonces, mientras Pedro lavaba las redes, luego de aquella madrugada perdida en el mar, Jesús comenzaba, desde su barca a hablar de Dios, de su Reino, de su amor. ¡A qué punto fue viva y lla-

mativa la predicación de Jesús desde la barca, que Pedro, aún en medio de la tristeza de no haber pescado nada, comenzó a percibir que esa Palabra de Jesús lo sacaba de la frustración y del vacío y, comenzaba a darle una esperanza!

Todo se hizo más fuerte cuando Jesús, terminando su predicación le dirigió una Palabra personal a Pedro: “Rema mar adentro y echa las redes para pescar”. Fue grande la sorpresa de Pedro en esa mañana: él, quien conocía muy bien las artes de la pesca, sabía que la mejor hora para echar las redes ya había pasado, y que muy probablemente salir de nuevo sería repetir la experiencia de no pescar nada. Sin embargo, *después de haber escuchado a Jesús, su corazón parecía arder* de una forma nueva y distinta, y por eso quiso tomar el riesgo, y le dijo: “por tu Palabra, echaré las redes”.

Este *acto de confianza y de fe* de Pedro cambió para siempre aquel primer cuadro lleno de tristeza y vacío: primero aparecieron muchos peces. Lo que el mar les había negado en la madrugada ahora Jesús se los da, y se los da con *abundancia*, porque así es el amor de Dios (cf. Ef 3, 18-39). Y no fue solamente eso: como era tanta la cantidad de peces tuvo que llamar a los compañeros de otras barcas, porque cuando Dios nos llama a participar de su vida no nos *llama solos*, nos regala unos hermanos que nos ayudan a caminar, *nos hace comunidad*, nos regala una familia de fe, que es la Iglesia, que nos acompaña en la tarea.

Pero hay todavía más, aquel momento llevó a Pedro a descubrir que no solamente sus redes estaban vacías antes de que apareciera Jesús, sino también su vida, que se había malgastado en tantas cosas, pero que le faltaba lo fundamental: la *experiencia del amor de Dios*. Todo esto llevó a Pedro a decir sin duda alguna: “Señor, apártate de mí, que soy un hombre

pecador”. Pero Jesús, que más que mirar el pecado, sabe amar al pecador e invitarlo a una vida nueva, lo miró con amor y le encomendó una tarea: ir por los mares del mundo, ayudando a muchos que también pueden estar cansados a encontrar en Dios su consuelo.

Todo lo hizo Jesús, aquel cambio que nos narra el texto vino sólo de Jesús, del poder de su *Palabra* que *transformó* para siempre la vida de Pedro, de Santiago, de Juan, y que hoy también quiere transformar nuestra vida y nuestros cansancios, si es que le abrimos un espacio en la barca de nuestra vida, para que, con su luz, venga a echar fuera nuestras oscuridades y nos regale la vida nueva.

En conclusión, el encuentro de hoy tiene que ser para todos nosotros una invitación directa y personal: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque «nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor». Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Este es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores». ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar «setenta veces siete» (Mt 18,22) nos da ejemplo: Él perdona setenta veces siete.

Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!” (EG 3)

Hay un detalle muy llamativo al final de este pasaje del Evangelio, cuando Jesús le dice a Pedro que sea pescador de hombres: “para el pez, creado para vivir en el agua, resulta mortal sacarlo del mar. Se le priva de su elemento vital para convertirlo en alimento del hombre. Pero en la misión del pescador de hombres ocurre lo contrario. Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera” (Benedicto XVI; homilía 24 abril 2005.)

La invitación es a abrir de par en par las puertas de nuestra vida a Cristo, a permitirle que pueda subir a nuestra barca, sin miedo alguno, sabiendo que quien permite a Cristo que entre en su propia historia, en definitiva, en su ser, no pierde absolutamente nada de lo que hace la vida libre, bella y grande. Al contrario, con esta amistad: se “abren las puertas de la vida”; se despliegan las potencialidades de cada ser humano; se experimentan la belleza y la libertad auténticas. Por eso, ¡no tengan miedo de Cristo! Él lo da todo. Quienes se abren a su presencia, a vivir su propuesta, reciben el ciento por uno. Sí, abran de par en par las puertas a Cristo y encontrarán la verdadera vida (cf. San Juan Pablo II, homilía 22 de octubre de 1978; Benedicto XVI; homilía 24 abril 2005).

TALLER

A cada persona se le entrega una hoja y un lápiz o lapicero, se le invita a reflexionar en su propia vida, a la luz de esta primera catequesis. Partiendo del primer cuadro, que retrata cómo estaban los discípulos aquel día antes de que Jesús llegara, se invita a que cada uno dibuje o escriba en la hoja: sus cansancios, sus dificultades, sus miedos y todo aquello que le roba la paz y la esperanza.

Luego de que todos lo hayan hecho se puede tener un diálogo con estas preguntas:

- ¿De qué situaciones de cansancio, decepción o tristeza puede sacarnos el Señor Jesús?
- ¿A qué riesgos y a qué tipo de confianza me llama el Señor?

CELEBRACIÓN Y SIGNO

Después del diálogo, el animador pondrá en el centro del salón una imagen de Jesús o una luz que represente a Jesús, y se invitará a que cada uno vaya poniendo su hoja alrededor de la imagen, haciendo una oración, en la que le pida a Jesús que, como lo hizo en el relato del Evangelio que hoy hemos meditado, tome todos los cansancios, las frustraciones, los miedos y angustias y las transforme. Será un buen momento para reconocer delante de Jesús, como Pedro, que también somos pecadores; pero que necesitamos de su amor y de su gracia para no quedarnos en la oscuridad, sino llegar a la luz.

Oración final:

Después de que todos hayan hecho su oración, el animador concluye, invitándolos a todos a orar el Padre Nuestro, el Ave María y esta oración final:

Ilumina, Señor, nuestros corazones
y fortalece nuestras voluntades,
para que sigamos siempre el camino de tus mandatos,
reconociéndote como nuestro guía y maestro.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo.

Amén.



SEGUNDA ASAMBLEA

Objetivo: Reconocer la necesidad de la catequesis permanente y la importancia de hacer parte de verdaderos procesos de formación que lleven a la profundización de la fe.

Saludo y acogida: El moderador de la asamblea acoge a los participantes a este segundo encuentro y les invita a recibir en el corazón la semilla que Dios quiere depositar en nuestras vidas; conocer a Jesús nos abre el camino de la fe y nos permite avanzar en nuestra espiritualidad de discípulos.

Oración inicial:

El Espíritu Santo que viene de Ti, Señor,
ilumina nuestras almas y, según la promesa de tu Hijo,
nos dé a conocer toda la verdad.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

LECTIO DIVINA

Lectura del santo Evangelio según san Mateo.

Cayó en tierra buena y dio fruto.

Mt 13, 1-9

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y toda la gente se quedó de pie en la orilla.

Les habló muchas cosas en parábolas:

«Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se la comieron.

Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se quemó y por la falta de raíz se secó.

Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron.

Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta.

El que tenga oídos, que oiga».

Palabra del Señor

Luego de escuchar este pasaje del Evangelio, compartamos las respuestas a estas preguntas:

- ¿Cuáles son los tipos de terrenos en los que cae la semilla?
- ¿Cómo podemos mejorar nuestra disponibilidad para acoger la Palabra de Dios?
- ¿En qué se parece esta parábola a nuestra vida?

TEMA DE FORMACIÓN “CAMINO DE FE”

Hablar de la Iglesia es ante todo hablar de una comunidad de discípulos (cf. Aparecida 349), es decir, una comunidad de aquellos que han sido convocados, reunidos para estar con Jesús (Mc 3, 13) y para escuchar su Palabra. San Pablo nos recuerda en la Carta a los Romanos 10, 8-17 que el origen de la fe cristiana viene del encuentro con la Palabra: “La fe viene por el oír y el oír por la Palabra de Dios” (Rm 10, 17).

El ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 26), y esto quiere decir que si Dios es un Dios que habla, el hombre que fue creado por Él no fue destinado al silencio, sino que es capaz de escuchar su Palabra y de dialogar con Él. Y Dios ha hablado de muchos modos, pero sobre todo nos ha hablado por su Hijo (cf. Hb 1, 1-2); en Él, la Palabra hecha carne, Dios nos ha revelado el misterio de su Verdad, como nos lo recuerda el papa Francisco “esta Verdad es Cristo mismo que, asumiendo plenamente nuestra humanidad, se hizo Camino —exigente pero abierto a todos— que lleva a la plenitud de la Vida”. La Iglesia es pues una comunidad de discípulos convocada por la escucha de la Palabra y crece y se fortalece en la escucha de la misma Palabra, en la que sigue encontrando la fuerza de su Señor, quien tiene Palabras de vida eterna (Jn 6, 68).

Ahora bien, la Palabra que Dios pronuncia y con la que nos convoca, no es una Palabra lanzada en vano, sino que como dice Isaías, es como la lluvia que cae del cielo esperando fecundar la tierra antes de volver al cielo (Is 55, 10-13). El Evangelista San Mateo retoma esta imagen cuando nos presenta en labios de Jesús la parábola del sembrador (Mt 13, 1-9) que esparce la semilla en su campo, y nos muestra la contradicción de que, aunque cuando él pasa diseminándola espera que toda produzca su fruto; pero se encuentra con que una parte cae en el camino y las aves se la comen, otra entre piedras y, aunque brota, por no tener profundidad la reciedumbre del sol la seca; otra cae entre espinos que crecen y ahogan la semilla, y finalmente sólo algunas caen en tierra fértil, pero éstas sí que producen fruto: unas del treinta, otras del sesenta y otras del cien.

El Señor mismo nos explica cómo esa semilla es imagen de la Buena Noticia del Reino de Dios que el Señor Jesús esparce

en el amplio campo del mundo por medio de su Iglesia; pero, así como pasa al agricultor, el mensaje del Reino no siempre encuentra un campo propicio para crecer; y por eso, aunque reciben la semilla ésta no llega a dar fruto. Es lo que pasa en nuestra sociedad, donde muchos se dicen cristianos, seguidores del Señor, porque en el Bautismo han recibido la semilla de la fe, pero luego, en el transcurrir de la vida, ese corazón del hombre puede convertirse o bien en un campo fértil donde crezca y madure la vida de Dios, o como ocurre en muchos casos, la superficialidad, la inconstancia, las tribulaciones, las preocupaciones o el deseo de riqueza, ahogan la semilla y la hacen perecer.

¿Cómo resuenan esas palabras que el Señor cita del profeta Isaías: “Este pueblo ha endurecido su corazón, ha cerrado sus ojos y tapado sus oídos... porque no quieren convertirse ni que Yo los salve” (Mt 13, 15). Y es que la única manera, el único camino por el que la Palabra de Dios puede producir frutos abundantes en la vida del hombre, de la única manera en la que el Evangelio puede transformar la vida, es cuando el cristiano entra por un camino serio de conversión, de cambio, de abrir el corazón, para dejar que la Palabra de Dios, como lluvia que cae del cielo, pueda entrar en su vida, y cumplir con el cometido que tiene.

¿Cómo se hace esto? Para que la semilla de la Palabra de Dios no se pierda, la Iglesia nos propone un camino concreto que se llama la **catequesis**. Etimológicamente la palabra catequesis significa “hacer eco”, es decir, se trata de dejar resonar la Palabra, permitir que ella en realidad se siembre, y pueda entonces crecer y dar fruto.

Desafortunadamente nosotros hemos entendido la catequesis como un momento que acompaña la preparación para re-

cibir algún sacramento, pero la catequesis es en realidad un “proceso” que se organiza en un “itinerario transformativo”. El gran objetivo de la catequesis es una maduración y educación de la fe que dispongan a cada persona para asumir de manera permanente el compromiso de seguir al Señor.

En este sentido, el Directorio General para la Catequesis, la define como “un acto de naturaleza eclesial, nacido del mandato misionero del Señor y cuyo objetivo, como su nombre lo indica, es hacer que el anuncio de su Pascua resuene continuamente en el corazón de cada persona, para que su vida se transforme... la catequesis acompaña, educa y forma en la fe y para la fe, introduce en la celebración del Misterio, ilumina e interpreta la vida y la historia humana” (DGC 55).

Todos necesitamos de catequesis. Ninguno puede ya decir que la Palabra ha echado suficientes raíces en su vida; si lo pensáramos así, a lo mejor caeríamos en la superficialidad, que es la principal enemiga de la fe, porque nos deja a merced de cualquier viento de doctrina o de cualquier dificultad.

Como cristianos, necesitamos convertirnos de la superficialidad, de la frialdad y la pereza que hace que la semilla de la Palabra de Dios al caer en el camino, llegue a nosotros y no la entendamos, y por eso el maligno la arrebatara con facilidad. Tenemos que convertirnos de la inconstancia y el miedo que hacen que la Palabra de Dios sea como semilla que cae entre piedras, porque la recibimos con gozo y brota con facilidad, pero por su falta de profundidad al llegar las tribulaciones, fallamos. Debemos convertirnos de nuestros deseos mundanos, de nuestro egoísmo, del deseo de aparecer y del deseo de tener, que hacen que la Palabra de Dios llegue a nuestro corazón y perezca entre los espinos, ahogada por las preocupaciones de la vida. En fin, tenemos necesidad de convertir-

nos, de tener los oídos atentos, los ojos abiertos y el corazón dispuesto y vigilante para recibir la Palabra de Dios, acogerla con alegría y, entendiéndola, llevarla a la práctica en nuestra vida.

Un compromiso concreto que deberíamos asumir a partir de este encuentro es pensar cómo podemos vincularnos a las iniciativas catequéticas que tenemos en nuestra Parroquia. Aquí no encontramos solamente la catequesis que prepara al Bautismo, la primera comunión o la confirmación, sino que existen muchas iniciativas para formarnos y crecer en la fe. Todos estos espacios no solamente son un buen camino para crecer en la fe, sino que nos ayudarán a renovar siempre nuestro encuentro con el Señor.

TALLER

El catequista preparará para esta reunión una pequeña maceta que contenga tierra. También llevará algunas semillas (pueden ser granos de maíz o de frijol). Después de colocar el matero en medio del salón, entrega a cada uno de los participantes una semilla, les pide que la observen por un rato y piensen qué podría pasar con ese granito, cómo se puede convertir en una planta.

Luego lee, para todos los del grupo, la siguiente historia: Cuentan que un joven paseaba una vez por una ciudad desconocida cuando, de pronto, se encontró con un comercio sobre cuya marquesina se leía un extraño rótulo: «La Felicidad». Al entrar descubrió que, tras los mostradores, quienes despachaban eran ángeles. Bastante asustado, se acercó a uno de ellos y le preguntó: «Por favor, ¿qué venden aquí ustedes?» «¿Aquí? respondió el ángel: Aquí vendemos absolutamente de todo». «¡Ah! -exclamó asombrado el joven-, sírvame entonces

el fin de todas las guerras del mundo, muchas toneladas de amor entre los hombres, un gran barril de comprensión entre las familias, el fin del hambre, más tiempo para que los padres puedan jugar con sus hijos, alivio para los enfermos ...» Y así prosiguió hasta que el ángel, muy respetuoso, le cortó la palabra para aclararle: «Perdone usted, señor. Creo que no me he explicado bien. ¡Aquí, sólo vendemos SEMILLAS!».

Luego se suscita un diálogo a partir de estas preguntas:

- ¿Cómo podemos hacer crecer la semilla de la fe que hemos recibido?
- ¿Qué enemigos encontramos para vivir un auténtico crecimiento en la fe?

CELEBRACIÓN Y SIGNO

Se pide a los participantes que entierren la semilla en la maceta, manifestando qué quisieran sembrar con su compromiso de fe, para que el mundo se acerque cada vez más al Reino de Dios.

Oración final:

Después de que todos hayan hecho su oración, el animador concluye, invitándolos a todos a orar el Padre Nuestro, el Ave María y esta oración final:

Señor Dios,
que encomendaste al hombre la guarda y el cultivo de la tierra, y creaste la luz del sol en su servicio,
concédenos hoy que, con tu ayuda,
trabajemos sin desfallecer para tu gloria
por el bien de nuestro prójimo.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.



TERCERA ASAMBLEA

Objetivo: Ver la riqueza de la vida comunitaria cristiana, descubriendo su sentido profundo y su realización concreta en la experiencia de las pequeñas comunidades que se fundan en las parroquias e instituciones eclesiales.

Saludo y acogida: El moderador saluda a los participantes de esta tercera asamblea, anunciando que en la vida cristiana, no estamos solos, contamos con la presencia de Dios en nuestras vidas, pero también contamos con una comunidad de hermanos que llamamos Iglesia. En nuestras parroquias, tenemos la posibilidad de unirnos a la vida en pequeña comunidad o a los grupos apostólicos.

Oración inicial:

Oh, Dios,
que santificas a toda tu Iglesia
en medio de los pueblos y de las naciones,
derrama los dones de tu Espíritu
sobre todos los confines de la tierra,
para que también ahora se difundan,
a través del corazón de los creyentes,
aquellas maravillas que te dignaste hacer
en los comienzos de la predicación evangélica.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén

LECTIO DIVINA

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles.

Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común

Hch 2, 42-47

Los hermanos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado, y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.

Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos en todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.

Palabra de Dios

Después de la proclamación de este pasaje de los Hechos de los Apóstoles, podemos entablar un diálogo basándonos en estas preguntas:

- ¿Cuáles elementos de la vida de esta comunidad podemos destacar en el texto bíblico que hemos leído?
- ¿Qué llamado nos hace esta Palabra a los cristianos en el mundo actual?

TEMA DE FORMACIÓN “CRECIENDO EN COMUNIDAD”

La vida cristiana nace, como hemos meditado en el primer encuentro de nuestras asambleas, por un anuncio de Cristo, a quien acogemos por la fe y a quien descubrimos como nuestro Señor. Después de recibir ese anuncio la fe comienza

a crecer en cada uno de nosotros como una semilla que empieza a dar paso a una planta, es ahí donde la catequesis nos ayuda en el proceso de maduración de la fe. Sin embargo, todo este proceso no se puede hacer de manera individual y aislada, sino que requiere una comunidad de hermanos, con los cuales se pueda hacer ese proceso de crecimiento.

La comunidad no es un añadido en la vida de la fe, al contrario, así como cuando nacemos a la vida natural somos recibidos en el seno de una familia, de la misma manera cuando nacemos a la vida de Dios por el Bautismo, necesitamos de una familia de fe que nos acompañe y que nos ayude a crecer.

El libro de los Hechos de los Apóstoles que hemos meditado en la Lectio Divina terminaba con una expresión muy dicente: “cada día el Señor hacía crecer la comunidad agregando a los que se iban salvando” (Hch 2, 47), es decir: a cada uno de los que era bautizado, la Iglesia lo acogía en *una pequeña familia espiritual*, **una pequeña comunidad**, a la cual se integraba y que lo ayudaba a hacer su camino de fe, animándolo para que no decayera y fortaleciéndolo para asumir el combate cristiano de cada día.

También nosotros estamos llamados a vivir lo mismo. Como nos lo recuerda el Papa Francisco, “el ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual. Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio. Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se puedan encen-

der y apagar a voluntad. Mientras tanto, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura” (EG 88).

Podríamos preguntarnos *¿para qué una pequeña comunidad? ¿qué sentido tiene vivir en comunidad?* La respuesta a estas preguntas es que la pequeña comunidad es el espacio para vivir de una manera radical y comprometida la experiencia cristiana en todas sus dimensiones; que sin la pequeña comunidad se diluye en la superficialidad o el aislamiento.

El texto que hemos meditado en la *Lectio Divina* nos ha indicado **cinco aspectos** muy concretos de la vida cristiana que se viven con fuerza en la experiencia de comunidad:

1. *La enseñanza de los Apóstoles*: si bien la vida cristiana no se puede reducir simplemente a un conjunto de doctrinas que se aprenden sin referencia a la vida, no se puede negar que los cristianos estamos llamados a dar razón de nuestra esperanza (cf. 1 Pe 3, 15) y a afirmarnos en aquella fe que recibimos y que nos está salvando (cf. 1 Co 15, 1-2). San Pablo advierte a los cristianos de Éfeso la necesidad que tienen de formarse en la fe, “para que ya no seamos niños, sacudidos por las olas y llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina, por la astucia de los hombres, por las artimañas engañosas del error” (Ef 4, 14). De esta manera, nosotros debemos ver en la formación doctrinal una oportunidad para crecer y fortalecer nuestra fe. Y esto es lo que se realiza en una pequeña

comunidad, donde se tienen itinerarios claros de formación y crecimiento permanente.

2. *La celebración de la fe y de los sacramentos*: si bien estas celebraciones las hacemos unidos a la gran comunidad cristiana en la parroquia o en la diócesis, la pequeña comunidad nos ayuda a vivir una participación más consciente, activa y fructuosa de las celebraciones litúrgicas, pues nos lleva a renovar nuestra iniciación cristiana, a preparar y celebrar de la mejor manera la liturgia dominical, que es el corazón de nuestra vida cristiana (la fracción del pan); a vivir con más conciencia los sacramentos, no como simples ritos, sino como lo que son: verdaderas experiencias de salvación, en las que el Señor se acerca a nosotros para darnos su vida.

3. *La comunidad es también el lugar de la oración, según aquella promesa de Jesús en el Evangelio*: “si dos o tres se ponen de acuerdo para pedir algo en mi nombre, el Padre del cielo se los concederá” (Mt 18, 19-20). Así la comunidad es el ámbito de la oración ferviente, de la petición constante del Espíritu (cf. Lc 11, 13), es el lugar para experimentar el amor del Padre que no deja de derramar bendiciones y de mostrar su providencia con sus hijos. La oración en comunidad no sólo tiene fuerza, sino que es un ejercicio de intercesión de unos por otros que ayuda a construir la comunión de la Iglesia.

4. *La pequeña comunidad es también el ámbito de la fraternidad y de la comunión*: el mandamiento nuevo del amor que nos ha enseñado Jesús no se puede vivir en lo abstracto, sino que se hace concreto cuando tenemos unos hermanos, con nombre propio, a los que podemos amar, que nos implican el ejercicio de la paciencia, de la acogida, de la comprensión y del perdón. La vida comunitaria es bella, porque nos hace salir de nuestro egoísmo y nos pone en la dinámica de los hijos de Dios, a

los que el Padre les regala unos hermanos concretos con los cuales poder caminar en la fe.

5. Finalmente, la comunión lleva al servicio, particularmente hacia los más necesitados: es interesante recordar la imagen de las primeras comunidades sobre las que nos dice el libro de los Hechos de los Apóstoles: “Entre ellos no había necesitados” (Hch 4, 35), pues el amor hacia los hermanos hace que se compartan los bienes y que se supere la indiferencia en la solidaridad que es capaz de hacer que los más fuertes ayuden a los más débiles (cf. 1 Co 12, 26).

En nuestra Arquidiócesis nos hemos comprometido a trabajar pastoralmente en un programa de “iniciación y consolidación de pequeñas comunidades eclesiales”, y a través de cuatro metodologías diversas: Sistema Integral de Nueva Evangelización (SINE), Comunidades Eclesiales de Base (CEB), Camino Neocatecumenal y Comunidades Eclesiales por el Reino de Dios (CER), se ha abierto la posibilidad de que cada cristiano encuentre un ámbito vital para profundizar y perseverar en su vida de fe.

Debemos hacernos conscientes de que el esfuerzo que hemos hecho a lo largo de este Mes Misionero en abrir las puertas de nuestras casas a las visitas, y en reunirnos en asambleas familiares, quedaría estéril si no nos abrimos a la experiencia de una pequeña comunidad. Estamos entonces llamados a dar el paso y a comprometernos en la vida de una pequeña comunidad; allí descubriremos con más fuerza todavía lo que significa tener a Dios como Padre, mientras experimentamos el amor a los hermanos que el Señor nos regala.

TALLER

El catequista invitará a los presentes a un diálogo en el que se puedan obtener algunas conclusiones de las catequesis que hemos vivido en las asambleas de este mes misionero. Para esto se puede servir de estas preguntas:

- ¿Qué nos ha dicho el Señor a través de lo compartido en estas asambleas del mes misionero?
- ¿Qué compromisos concretos nos dejan estas catequesis?

Es importante que el catequista sepa hacer eco de las conclusiones, intentando aplicar a aspectos concretos que motiven a las personas a su renovación espiritual y a su compromiso pastoral.

CELEBRACIÓN Y SIGNO

Antes del encuentro se pueden prever unas cuantas imágenes que expresen la vida en comunidad: la familia, los apóstoles, una parroquia celebrando la Eucaristía, un grupo de personas en oración, unas personas ayudando a otras. Estas imágenes se pueden distribuir en un lugar visible dentro del espacio determinado para el encuentro. También se pueden tener algunas velas.

En el momento de dar inicio a la celebración, se pueden encender las velas, y quien desee puede tomar una de esas velas y ponerla delante de la imagen que le resulta más significativa diciendo de una manera corta qué le evoca esa imagen. Quienes deseen podrán hacer una oración de petición o de acción de gracias a Dios por esas personas o esa comunidad que la imagen le recuerda; también se podría dar gracias por el conjunto de asambleas que han venido compartiendo en

este Mes Misionero. Después de la participación de algunos miembros de la asamblea, se puede proceder a la oración final.

ORACIÓN FINAL

El animador concluye invitando a todos a orar el Padre Nuestro, el Ave María y esta oración final:

Dios misericordioso,
que has iluminado las tinieblas de nuestra ignorancia
con la luz de tu Palabra:
acrecienta en nosotros la fe que Tú mismo nos has dado;
que ninguna tentación pueda nunca destruir
el ardor de la fe y de la caridad
que tu gracia ha encendido en nuestro espíritu.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo.

Amén.



CUARTA ASAMBLEA

Objetivo: Invitar a permanecer íntimamente unidos a Cristo, activos en la oración, la escucha de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la vida fraterna, a su vez, reconociendo los diferentes medios que nos brinda la vida pastoral de nuestras parroquias.

Saludo y acogida: Llegamos a nuestro cuarto encuentro, el cual nos permitirá descubrir diferentes posibilidades para proyectarnos como creyentes y como cristianos a través de la vinculación a la pastoral parroquial. Bienvenidos todos en el Señor Jesús.

Oración inicial:

Oh, Dios,
que penetras el corazón y
los deseos de los hombres,
y no hay para Ti secreto alguno,
purifica, por la efusión del Espíritu Santo,
los pensamientos de nuestro corazón,
para que merezcamos amarte de verdad
y alabarte dignamente.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

Lectura del Santo Evangelio según san Juan.

El que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante

Jn 15, 1-11

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador.

A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto.

Ustedes ya están limpios por la palabra que les he hablado; permanezcan en mí, y yo en ustedes.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco ustedes, si no permanecen en mí.

Yo soy la vid, ustedes los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no pueden hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.

Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que desean, y se realizará.

Con esto recibe gloria mi Padre, con que den fruto abundante; así serán discípulos míos. Como el Padre me ha amado, así los he amado yo; permanezcan en mi amor.

Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

Les he hablado de esto para que mi alegría esté en ustedes, y su alegría llegue a plenitud”.

Palabra del Señor

Habiendo escuchado este texto del evangelio según san Juan, dialoguemos en torno a estas preguntas:

- ¿A qué se refiere Jesús con la expresión: “Yo soy la vid, ustedes los sarmientos”?
- ¿Cómo interpreto esa insistencia de Jesús sobre la necesidad de “permanecer”?
- ¿Qué medios puedo encontrar para permanecer unido al Señor?

TEMA DE FORMACIÓN “PERMANECER Y COMPROMETERSE CON CRISTO”

El texto del Evangelio de San Juan que acabamos de meditar en la Lectio Divina nos indica que la vida cristiana implica un esfuerzo constante, una lucha cotidiana para mantenernos unidos al Señor, para renovar la experiencia de su presencia viva y resucitada en nosotros.

El Señor usa la imagen de la de la vid para mostrarnos la realidad de íntima comunión y unidad que debe existir entre Él y nosotros: como los sarmientos permanecen unidos a la vid, así el cristiano debe permanecer siempre unido al Señor, pues sin Él nada podemos hacer. Así como las ramas de la vid que se separan del tronco se secan y se mueren porque les falta la savia, el alimento para crecer; así los cristianos no podemos concebir nuestra vida separados o alejados del Señor.

Es por esto muy significativo el hecho de que en el Evangelio que acabamos de leer, hay una palabra que se repite varias veces: "permanecer"; se trata de un verbo que nos indica la necesidad de una acción constante, que nos lleve a estar unidos siempre a Jesús. Todos nosotros, por el Bautismo, fuimos injertados en el tronco, en la vida; y desde entonces nos hemos alimentado de la vid de la gracia que viene a nosotros especialmente en los sacramentos de la Eucaristía y de la Re-

conciliación; hemos podido beber de la fuente inagotable de la Palabra de Dios; nos hemos nutrido del amor de los hermanos que nos ayuda a experimentar mejor la presencia del Resucitado. Pero este esfuerzo no puede nunca ser una cosa del pasado, al contrario, debe ser tarea de todos los días.

Ahora bien, podríamos preguntarnos ¿por qué permanecer? La respuesta a esta pregunta la intuyó Pedro una tarde en Cafarnaúm, cuando todos, viendo la fuerza de la Palabra de Jesús y sus exigencias comenzaron a desanimarse y a irse. Entonces sólo unos permanecían y, a ellos, Jesús les refiere una pregunta fundamental: “¿ustedes también quieren marcharse?” (Jn 6,67); a lo que Pedro, en nombre de todos los discípulos respondió: “Señor, ¿a quién vamos a ir?, sólo Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68).

La contundencia de estas palabras de Pedro, con las que reconoce el señorío de Jesús en su vida y con las que proclama el reinado de Cristo sobre él, demuestran lo que ha ocurrido en la vida del apóstol: Jesús ha tomado su vida, le ha dado un horizonte nuevo, lo ha colmado de sentido, ha renovado sus fuerzas, le ha dado una orientación decisiva (cf. Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, 1). Podemos decir que Pedro ha encontrado el auténtico motivo para permanecer: si algunos, por la dureza de sus corazones se van desanimados, Pedro y los otros apóstoles optan por permanecer, pues saben que sin Él ya nada pueden hacer (cf. Jn 15,5). Ahora bien, para llegar a una experiencia como esa, es necesario vivir un encuentro personal con Jesucristo y permitir que ese encuentro se renueve todos los días, en un camino discipular de fascinación y crecimiento constante, que debe ser la fuente de la auténtica espiritualidad.

Una de las tentaciones que tenemos en nuestra vida y en nuestra vocación es justamente alejarnos de la fuente de la

vida abundante, que es la espiritualidad y la comunión con el Señor, y refugiarnos en nuestros propios planes y en nuestras propias fuerzas, buscando nuestros intereses, encerrándonos en nuestro egoísmo y anteponiendo nuestros proyectos personales al proyecto de Dios (cf. EG 93-95). Esta mundanidad espiritual hace que una vocación se desgaste en luchas personales y lejos de la vida, se marchite.

Hoy tenemos que decir con fuerza profética: ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! (EG 96); y hemos de recordar que esta “mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios” (EG 96). Y esto ocurre cuando vivimos una auténtica vida de oración, que nos lleva, como nos enseñó Jesús en Getsemaní, a optar por la voluntad de Dios (cf. Mt 26,39), renunciando a nuestros caprichos y conformando nuestra vida con la voluntad de Dios.

Nuestra permanencia con Jesús no es una permanencia estéril, al contrario, la esterilidad es un signo de que nuestra permanencia con Él no es auténtica. En el texto del Evangelio, Jesús dice a sus discípulos: “el que permanece en mí y Yo en él, ese da fruto abundante... con esto recibe gloria mi Padre, con que déis fruto abundante” (Jn 15, 5. 8). Y esto es así porque el Señor nos quiere fecundos (cf. EG 24), no sumidos en la esterilidad y el cansancio. No podemos quedarnos como aquel hombre de la parábola que recibió unos denarios de parte del Señor y por su pereza los escondió; más bien, tenemos que ser como aquellos otros que los hicieron producir (cf. Mt 25, 14-30).

Esto nos pone frente a la necesidad de asumir los carismas que el Señor nos ha entregado a cada uno para hacer que ellos produzcan fruto. Y esto es lo que logramos de manera concreta cuando nos vinculamos a la vida de nuestras parroquias a través de la actividad pastoral. Justamente en esta vinculación hay un doble movimiento: cuando nos unimos a la vida pastoral en nuestras parroquias, esa vinculación nos ayuda a permanecer, a crecer en el conocimiento y en el amor del Señor, pero allí también se dan frutos, al poder ser testimonio para los demás hermanos de lo que Dios hace en nosotros.

En nuestras parroquias hay **cuatro frentes** muy concretos de trabajo que constituyen la **vida pastoral de la Iglesia**:

1. El campo de la *evangelización*, donde en la catequesis, en los grupos infantiles, juveniles, de parejas o de familias, o en los grupos de formación cristiana podemos alimentar nuestra fe y ayudar a que la fe de nuestros hermanos pueda crecer.

2. El campo de la *liturgia* donde en el servicio del altar, en la proclamación de la Palabra de Dios, en el canto, la distribución de la comunión, la acogida, la recolección de la ofrenda y los demás servicios litúrgicos, podemos vivir y ayudar a los demás a vivir la experiencia de una participación consciente, activa y fructuosa en los misterios del Señor.

3. El campo de la *acción caritativa*, donde en el servicio a los pobres, a los enfermos, a los presos, en la promoción de la paz, o en las actividades de servicio, podemos realizar también nuestra existencia cristiana al estilo de Cristo que se ha hecho servidor de todos.

4. Finalmente, el campo de la *comunión* eclesial, donde en las pequeñas comunidades, grupos vocacionales, grupos de

oración y demás iniciativas, construimos juntos el misterio de la comunión de la Iglesia.

Cada uno de nosotros está llamado a no quedarse aislado de la dinámica pastoral, hacerlo sería como cuando la hoja se arranca del tronco: no le queda más que secarse por falta de la savia que la nutre y quedaría sin fruto, echando a perder toda la obra realizada en ella y todos los dones recibidos. Permanecer y fructificar son dos tareas concretas que se realizan en el ejercicio de la vinculación pastoral.

Una última insinuación nos hace el texto que estamos meditando: alegrarnos; “les he hablado de esto para que mi alegría esté en ustedes y su alegría llegue a su plenitud” (Jn 15, 11). *Permanecer es siempre un acto gozoso*; no puede entenderse que alguno que se sienta discípulo del Señor vea esto como una carga dolorosa, o como un peso que roba su alegría; al contrario, la alegría debe ser un signo distintivo de quien se ha encontrado con el Señor. Por eso la Iglesia no es una caravana triste, sino una comunidad que vive y celebra la fiesta de la vida y el gozo del amor del Señor.

TALLER

Antes del encuentro, el catequista contactará a algunas personas de los grupos pastorales de la parroquia o algunas del equipo misionero, para que preparen su testimonio de lo que ha significado para ellos pertenecer a los grupos pastorales, y cómo a través de ellos han podido crecer y madurar en la fe. Es importante que su testimonio revele la alegría y el gozo de su propia experiencia y que a través de él sean capaces de hacer un llamamiento concreto a que muchos se vinculen a la vida pastoral de la parroquia.

Luego se suscita un diálogo a partir de estas preguntas:

- ¿Qué nos dejan estos testimonios que acabamos de escuchar?
- ¿Cómo podemos lograr que esa experiencia que nos han contado la podamos vivir también nosotros?

CELEBRACIÓN Y SIGNO

El animador tendrá preparada una cartelera con la imagen de un árbol y también algunas imágenes de frutos, que entregará a cada uno. De esta manera se invita a cada persona a escribir en el fruto que ha recibido un carisma que haya recibido del Señor y que quiera poner al servicio de la comunidad.

Luego de que lo hayan escrito, cada uno irá pegando el fruto al árbol, mientras hace una oración al Señor, como ofrecimiento de ese carisma para el crecimiento de la Iglesia.

ORACIÓN FINAL

Después de que todos hayan hecho su oración, el animador concluye, invitándolos a todos a orar el Padre Nuestro, el Ave María y esta oración final:

Concédenos, Señor,
acoger siempre el anuncio de la salvación
para que, libres de temor,
arrancados de la mano de los enemigos
te sirvamos, con sentido de justicia
todos nuestros días.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo.

Amén.

Nota: Al finalizar estos cuatro encuentros el coordinador y los misioneros aprovecharán la ocasión para invitar a los participantes en la asamblea a continuar unidos a la parroquia, asistiendo a las eucaristías, pero sobre todo a través de las pequeñas comunidades ya existentes o por qué no fundando una nueva, o integrándose a un grupo apostólico. Puede ser la ocasión de interactuar con ellos sobre la manera de mantenerse unidos al Señor y a la parroquia.



Arquidiócesis de Medellín
Vicaría Episcopal de Pastoral
Mes Misionero 2023
Catequesis: Camino de Fe

Catequesis para las Asambleas

Diseño y diagramación: Delegación Arzobispal para Comunicaciones
Calle 57 No. 49-44, oficina 328
Tel. 322 77 00 ext. 1439 arqmedellin.co comunicaciones@arqmedellin.co
Medellín-Colombia



ARQUIDIÓCESIS
DE MEDELLÍN